

—sin pensar que, a través de Ifigenia, don Manuel le estaba ofreciendo el corolario de la tesis profesional. La ironía era bondadosa, galdosiana. Pero mejor aún era la intención de jamás desmembrar la inteligencia total, de nunca destruir la visión propia del hombre. Centrado en cualquier tema, al poco tiempo toda una constelación de ideas giraba en su torno. Hablar de Balzac era adentrarse en la teoría de la voluntad y del poder, en los símbolos estéticos de la sociedad burguesa, en el derecho civil y en la lucha de clases, en el amor y en la plusvalía. *Nihil humanum...* Sí; pero esta intensa curiosidad y amor por las obras del hombre nunca era ajena, en don Manuel; a un escepticismo benévolo que no perdía de vista las limitaciones del hombre.

Era, ante todo, un Maestro. Entrar a su clase era caer en el centro vivo del ágora de Pericles, era caminar todas las rutas descalzas del Alto Medioevo, penetrar en la estufa de Descartes y erigir una barricada en la Comuna de París. Ahí estaba la historia viva, la tradición enriquecida, el derecho alumbrado por la pasión de los pueblos y la escritura del pensador. A mí, y a tantos, nos abrió los ojos al espíritu. Dentro de un sistema de educación positivista, Pedrosó sabía que la verdad no se confunde con la acumulación de datos, sino que depende de una elaboración crítica y empírica, a la vez, de problemas del orden humano. El positivismo conduce a la opinión dogmática; Pedrosó buscaba, y enseñaba, el conocimiento crítico. En el mundo de la *doxa*, su arma era la *episteme*. Al muchacho atiborrado de fechas y listas fácticas, don Manuel le ponía en las manos *La República*, *Rojo y negro*, *El Capital*. No admitía la simulación; exigía el trabajo, el discurso y la crítica. Y abandonaba sus tareas personales por enseñar, ¡tantas veces!, la lección al alumno que era siempre el amigo y el objeto vital de toda su sabiduría.

Nos enseñó la lealtad a la vocación. Nos enseñó —combatiente, al fin, en la gran lucha moral de España— el sentido de la ética solidaria. Nos enseñó a percibir las correspondencias entre las cosas del mundo, a gozar en las ideas y, también, en la vida. ¿Quién que se acercó a don Manuel no se sintió contagiado por su alegría sensual, por su sentimiento de gratitud y comprensión varoniles hacia la mujer (“Amar a las mujeres es cuestión de pura cultura”, decía), por su emoción ante la línea, el color, el personaje ficticio, el ritmo hablado, el paisaje, el clima y los frutos naturales? Gran señor, en verdad, quien con tanta nobleza y sencillez sabía recoger las experiencias de la vida común y convertirlas en cultura común.

Era nuestro amigo, el de todos los que pasamos por su cátedra. Las masas amorfas no existían para Pedrosó: él tenía amigos. Como el Diego de Miranda de la epopeya cervantina, distinguía y comprendía a cada uno; se enteraba de la forma personal de cada alumno, y a cada uno lo encarrilaba por su senda real. Descubría al internacionalista y le hacía comprender, para siempre, que el objeto de su vida era luchar por un orden de paz en la justicia. Descubría al escritor y electrificaba su vocación con un sentido de trabajo arduo y responsabilidad permanente. Descubría al investigador y acer-

caba su espíritu para las tareas de la verdad y la crítica. Nunca un maestro dio tanto a tantos.

La superación intelectual de la Universidad debe mucho a Pedrosó. Antes de que se renovasen los edificios, era preciso —entendía don Manuel— renovar el espíritu. A la Universidad se va para aprender a pensar. A la Universidad se va a preguntar y a recibir respuestas. A la Universidad se va a adquirir categoría de hombre con tareas tan exactas y responsables como las del más humilde trabajador. La Universidad no es un privilegio, sino una obligación. Esto sabía, por esto luchó don Manuel Pedrosó.

Hoy, ha muerto don Manuel, el viejo y grande don Manuel del pelo blanco y las manos inteligentes y el hablar pausado. Lo que no ha muerto es su eterno diálogo con los alumnos a los que quería, con César Sepúlveda, Enrique González Pedrero, Jaime García Terrés, Enrique Velasco, Julio Moctezuma, Enrique Creel, Rafael Corrales Ayala, Víctor Flores Olea, Javier Rontero, Jorge Portilla, Emilia Téllez, Rafael Ruiz Harrel, Dora Zurbellen.

Cada uno sabe lo que debe a don Manuel. Y sabe cómo serle fiel.

El Seminario de Teoría del Estado de la Facultad de Derecho, creado por él, merece su nombre y su efígie en la sala que se le destina. La Universidad Nacional Autónoma de México, continuando una vieja tradición europea, puede dedicar a su memoria un volumen integrado por trabajos de sus antiguos alumnos. Es necesario recoger las notas de don Manuel Pedrosó, instrumento extraordinario de tantas décadas de estudio y docencia en los campos de la teoría política y el derecho internacional público, y publicar su *Aventura del hombre natural y civil*, resumen de un gran espíritu europeo y humano — o, como diría don Manuel, por europeo, humano. La memoria de don Manuel Pedrosó, educador espiritual, demócrata español, merece bien de México y de su Universidad.

Carlos Fuentes.

EL PEREGRINO ARRAIGADO

ESPÍRITU ABIERTO a los cuatro vientos, ninguna idea le era ajena, ningún hombre, ningún país. Nada había que le dejara indiferente. Hacia todo marchaba con alegre intrepidez, como si su lema fuese aquello de Vives: “Quien no se aventura no ha ventura.” Y su mayor ventura en tanta y tan renovada aventura parecía consistir en poder comunicar a alguien sus nuevos descubrimientos, como si él no supiera disfrutar sólo de aquella riqueza. Por eso todos sus amigos, al hablar con él, nos convertíamos un poco en discípulos suyos, así como sus auténticos discípulos eran, desde la primera lección, sus grandes amigos. Y en esa reiterada operación de descubrir y comunicar lo descubierto se forjó su gran figura docente “que de la continuidad de los actos se engendra el hábito señorial”.

Su insaciable curiosidad hizo de él un gran peregrino, que es todo lo contrario del turista. Adondequiera que fuese, allí parecía echar raíces, pero allí también daba su fruto, generoso pago de la planta a la tierra que le proporcionaba espacio

vital y alimento. Recuerdo que en esta misma Revista evocó un día la figura de Gracián para enjuiciar a los españoles: “Son poco apasionados por su patria, y transplantados son mejores”, decía el jesuita. Pero tal sentencia sólo a medias le convenía a él; pues apasionado por su patria lo fue y en grado sumo, ahora que, ciertamente, sus mejores frutos los dio una vez trasplantado a esta tierra de México, gracias a aquel no sentirse nunca desterrado que le caracterizaba y que provenía de poder hacer suyas en cada etapa de su peregrinaje —y aunque por otra parte se encontraba “desnudo como los hijos de la mar”— las palabras de Stilbón: “Todas mis cosas están conmigo.”

Jesús Bal y Gay.

EL SEMBRADOR...

EN MÉXICO, tierra feraz, el maestro Pedrosó tenía que ser lo que fue.

Un sembrador. Podía haber sido un formidable polemista, porque tenía pronta la réplica, aguda la intención, ingenioso el donaire. Cuando quería, su palabra era acerada, incisiva su crítica, contundente su argumentación. Más de una vez, como Jacob, peleó con el ángel y trató de superarse a sí mismo en la lucha agónica, en el desgarramiento y en la contradicción. Pero sólo acudía a la controversia, por exigencias de la siembra, para desbrozar el campo, arrancar malezas y dejar limpio el barbecho.

Tampoco quiso refugiarse en la soledad creadora e ir desmadejando, junto al calor de la estufa o en paseos solitarios, el hilo de sus pensamientos. Había dialogado morosa y amorosamente con sus clásicos —Platón y Santo Tomás, Hobbes y Locke, Heggel y Marx, Kelsen y Heller— y en los análisis y comentarios, que de ellos hizo, relampagueaban los atisbos geniales, que hubieran podido abrir nuevos caminos. Pero en vez de elaborar del todo ideas, prefería, como si pensara más para los demás que para él mismo, dejarlas en esbozo, mantenerlas en estado germinal, y soterrarlas, cuando ya su desarrollo era seguro, en los surcos, que siempre estaba abriendo en torno suyo.

Los abría, sobre todo, con su palabra, clara, persistente, persuasiva. No podía callar ante una inteligencia despierta, un oído atento, una mirada interrogante. Parecía que había hecha suya la consigna de San Pablo, el gran sembrador, a su discípulo Timoteo: “Habla, insiste a tiempo y a destiempo, enseña, exhorta con toda longanimidad y doctrina”. No es que no escribiera. Ha dejado cuadernos y cuadernos repletos de planes, esquemas, resúmenes y notas. Libros casi acabados, que no llegó a publicar, porque le interesaba más darlos a conocer de viva voz a alumnos, colegas y amigos. Esa era su semilla, y la esparcía generosamente a los cuatro vientos, a sabiendas que buena parte de ella caería en terreno pedregoso o lleno de abrojos.

Como buen sembrador, fue laborioso y tenaz, pródigo y perseverante. Y ahora, vivo en el recuerdo y en la esperanza, aguarda pacientemente que amarillee su mies, la que indefectiblemente ha de traernos su copiosa siembra.

José M. Gallegos Rocafull.